

J.R. BARAT

EL
CARRUSEL
DE LOS
CABALLOS
DE COBRE



B Bruño



© J. R. Barat, 2025
© Grupo Editorial Bruño, S. L., 2025
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.brunolibros.es

Primera edición: abril 2025

ISBN: 978-84-696-4438-6
Depósito legal: M-752-2025

Reservados todos los derechos.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin el permiso escrito de los titulares del *copyright*,
la reproducción o la transmisión total o parcial
de esta obra por cualquier procedimiento
mecánico o electrónico, incluyendo
la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos.
Pueden utilizarse citas
siempre que se mencione su procedencia.





PARALELO CERO

Dirección del proyecto editorial:
Trini Marull

Dirección editorial:
Begoña Lozano

Edición:
Laura Trueba

Diseño:
Emilio Rebull

Diseño de cubierta:
Elsa Suárez Girard

Preimpresión:
Alberto García

PARALELO CERO



El carrusel de los caballos de cobre

J. R. Barat

El que no cree en la magia nunca la encontrará.

Roald Dahl

Capítulo 1

La Mágica Oropéndola

Llovía a cántaros cuando salí del cine. Había ido a ver una película que me había recomendado mi amigo Roberto, que es un friqui de la Filmoteca, donde solo echan películas antiguas, en versión subtitulada siempre, la mayoría en blanco y negro.

Lo bueno de la Filmoteca es que la entrada vale solo un euro y medio para los estudiantes. Dada mi habitual penuria económica y la falta de ganas de quedarme en casa estudiando, aquel martes tomé la decisión de ir a ver *El hombre que mató a Liberty Valance* porque Roberto me había estado dando la vara con que era una de las películas más importantes del género, y justamente la estaban exhibiendo ahora.

–Sale John Wayne.

–¿Y quién es ese?

–Un actor como la copa de un pino.

–Pues no lo conozco.

–Habrás visto *La diligencia* o *Centauros del desierto*...

–Pues no. No sé ni de qué van.

–Te vas a condenar, por inculto.

Ese es Roberto. Un friqui, como ya he dicho, del cine clásico, de la época en que los Reyes Católicos iban en pañales, siempre con la murga de que algún día será un gran director y que va a ganar más Oscars que nadie.

La lluvia me obligó a buscar refugio. Y lo más cerca y apropiado que encontré fue una vieja librería de segunda mano, en cuyo escaparate se exponían también fotografías, cuadros, máquinas de escribir pasadas de moda y juguetes antiguos.

El nombre era bastante llamativo: La Mágica Oropéndola.

Entré sin pensarlo demasiado. Al fin y al cabo, los libreros no te preguntan qué quieres ni te exigen que compres cualquier cosa, como hacen los camareros o los dependientes en cuanto te ven asomar las narices por la puerta del establecimiento.

Había un hombre de aspecto taciturno, sentado en un taburete detrás del mostrador, revisando unos papeles, que ni siquiera levantó la cabeza cuando la campanilla de la entrada anunció mi presencia. Di las buenas tardes, pero aquel individuo no me respondió.

Me alcé de hombros y me puse a mirar aquí y allá. Las estanterías y las mesas del centro estaban atiborradas de libros con lomos y tapas de cuero, álbumes, grandes cartapacios, colecciones, enciclopedias y algún búcaro con flores de papel que olían a rancio.

De vez en cuando, desviaba los ojos hacia el ventanal. En la calle, el agua seguía cayendo sin cesar. El resplandor de un relámpago se estrelló contra el cristal, como un arañazo súbito. Había anochecido. Las farolas amarillas, acribilladas por la lluvia, lanzaban destellos de luz submarina en el estrecho callejón.

Mis ojos se posaron sobre un expositor lleno de juguetes de otra época. Muchos eran de madera, de colores llamativos. Peonzas, juegos de construcción, títeres o muñecos. Otros estaban hechos de hojalata, como un tren con varios vagones o una colección de coches y autobuses.

En otra mesa, al lado de la anterior, reposaban varias cajas metálicas. Me recordaban esas que servían antiguamente para guardar chocolates. También había barajas, algunas de ellas muy extrañas, juegos de mesa, relojes extravagantes y objetos realmente curiosos.

Regresé a las estanterías de los libros y me puse a inspeccionar los lomos, a leer títulos, nombres de autores, todos desconocidos. Volví a mirar hacia el ventanal. El dueño de la tienda seguía enfrascado en su labor, embutido en su bata blanca y parapetado tras sus gafas redondas de montura metálica. Debía de rondar los ochenta años, quizás algunos más. Tenía el pelo canoso, escaso, y escribía con la mano izquierda sobre una libreta.

La lluvia continuaba cayendo implacable. Observé que entre dos de las estanterías se abría un pasillo estrecho que conducía a un expositor que parecía encajonado al final. En realidad, era una gran mesa oscura, como esas de los escritorios de los despachos de la gente adinerada. Sobre ella había algunos objetos extraños, a medio camino entre el juguete y el artificio de decoración. La mayoría de aquellas cosas eran desconocidas para mí y no tenía manera de saber cuál era su utilidad. En una esquina de la mesa descansaba una caja negra con un rótulo en letras doradas que llamó mi atención:

EL CARRUSEL DE LOS CABALLOS DE COBRE

Estaba a punto de poner las manos sobre la caja cuando oí un carraspeo a mi espalda.

–Ejem...

Me di la vuelta. El dueño de la tienda me observaba con expresión afable.

–Voy a cerrar, jovencito.

Si hay algo que me repatee es que me llamen «jovencito». Fusilé al hombre con la mirada, pero no le respondí.

–¿Te lo vas a llevar?

Miré la caja de nuevo.

–No sé lo que es.

–Entiendo. Te ha llamado la atención.

–Pues sí. ¿Es un juego de mesa?

–No. Es un pequeño tiovivo.

Volví los ojos a la caja. Su aspecto era realmente elegante.

–¿Puedo abrirla?

–Por supuesto, pero ya te he dicho que voy a cerrar.

La curiosidad pudo más que la urgencia con que me conminaban a abandonar el local.

–Será solo un momento.

Ante los ojos atentos de aquel hombre, abrí la caja y saqué con cuidado el pequeño carrusel. Un tiovivo de unos veinte centímetros de alto y otro tanto de diámetro. El armazón era blanco, pero la carpa combinaba franjas blancas y celestes. La base tenía también una cenefa con las mismas tonalidades. En torno al eje giratorio, cinco caballos de cobre del tamaño de un peón de ajedrez se alineaban uno tras otro, como dispuestos a emprender un viaje alrededor del mundo.

Miré por todas partes, buscando una clavija con la intención de darle cuerda.

–¿Cómo se pone en movimiento?

–Lo ignoro –me dijo el dueño alzándose de hombros.

Volví a dejarlo todo en su lugar y cerré la caja con cuidado.

–Entonces, ¿te lo llevas o no te lo llevas?

–No tengo mucho dinero.

–Bueno, pues en ese caso vámonos. Es tarde.

El hombre me precedió hasta la puerta de la calle, con el tiovivo entre sus manos. Cojeaba del pie derecho y andaba un poco encorvado, como si llevara sobre su espalda una carga invisible.

Dejó el tiovivo sobre su escritorio y me contempló con una sonrisa.

—Ha sido un placer, jovencito.

La lluvia seguía cayendo, aunque con menos fuerza. Me asomé al exterior. La calle estaba llena de charcos sobre los que se reflejaba la luz fúnebre de las farolas.

Me volví hacia el hombre.

—¿Cuánto cuesta?

—Poco. Quince euros y es tuyo.

No hacía falta que sacara la cartera. Llevaba un billete de veinte euros, pero no estaba muy seguro de querer comprar aquella caja. ¿Para qué diablos necesitaba un pequeño tiovivo que ni siquiera funcionaba?

Miré los caballos y, de pronto, tuve la sensación de que todo lo que me rodeaba dejaba de existir. A mi alrededor se formaba una cortina de bruma que me aislaba del mundo. Desaparecieron las estanterías, los libros, los expositores, el escritorio donde trabajaba el dueño y el mismo dueño. La tienda se había evaporado misteriosamente y yo me encontraba suspendido en un espacio sin contornos, como sobre una nube invisible, y ante mis ojos no había otra cosa que un paisaje envuelto por la niebla, una gran planicie verde con algunos árboles muy separados entre sí, como espectros fantasmales, algunas lomas de suaves pendientes y un gran caserón de tonos morados. Su estructura arquitectónica parecía una gran calavera de cemento podrido por el paso del tiempo. La puerta de aquel caserón se abrió de repente y de su interior brotaron unas siluetas imprecisas, que oscilaban como empujadas por el viento en todas direcciones, hasta adquirir formas a medio camino entre lo humano y lo animal. Parecían caballos grotescos, de aspecto inquietante, y emitían sonidos extraños.

Aquellos animales comenzaron a cabalgar en círculo, alrededor de mí, sin dejar de emitir aquellos relinchos semihuma-

nos y de encabritarse violentamente, dando vueltas y más vueltas, en una delirante carrera infernal.

Algo se posó sobre mi hombro. Me di la vuelta, aterrizado, y me encontré con el rostro del dueño de la librería. La espiral de sombras que me envolvía desapareció al instante.

—¿Qué? ¿Te animas?

Parpadeé. Estaba tan confuso que no fui capaz de responder nada.

—Te lo dejo por doce euros.

Volví a contemplar el tiovivo. Aquel juguete ejercía sobre mí una atracción irresistible. Los cinco caballos parecían mirarme desde su ceguera de cobre frío.

—No sé. La verdad es que...

—Bueno, piénsalo. Voy bajando las persianas. Ya sabes que cierro en un minuto.

Metí la mano en el bolsillo y saqué el billete de veinte euros. Lo contemplé durante unos segundos, mientras en mi cerebro se libraba una batalla en la que yo era el verdugo y la víctima.

—Me lo llevo.

—Ah. Estupendo.

El anciano colocó el tiovivo en la caja, que guardó dentro de una bolsa de plástico, al tiempo que se lamentaba de la humedad y de sus dolores de huesos.

Guardó mis veinte euros en la caja registradora y me devolvió la mitad.

—Te cobro solo diez euros. Me has caído simpático. Y ahora nos vamos, jovencito —exclamó sonriente—. Creo que ha dejado de llover.

Así era. Salí a la calle. Había oscurecido y la luz de las farolas alumbraba los edificios y los coches aparcados con una claridad fantasmal. El suelo de la calzada estaba lleno de charcos y hojas caídas de los árboles.

No se veía un alma. Parecía que la ciudad había sido abandonada.

Eché a andar por la acera, aferrando la bolsa contra mi cuerpo, como si fuera una reliquia.

Mis pasos resonaban en el silencio del anochecer como aldabonazos golpeando el portalón de un castillo en ruinas.

Capítulo 2

Examen de Sociales

Mi madre preparó para la cena una ensalada de pasta y unos filetes empanados. Mientras cenábamos con la tele encendida, aunque no la mirábamos, aprovechó para preguntarme por mis estudios. Era uno de los temas recurrentes en casa.

–¿Qué has hecho esta tarde?

–He salido a dar una vuelta.

–¿Con este tiempo? ¡Ha estado diluviando!

–Bueno, me metí en el cine.

–¿Un martes en el cine, Flavio?

–Hoy no tenía prácticamente trabajo.

–No me gusta que vayas al cine o a callejear como un vagabundo entre semana.

–Ya te he dicho que no tenía nada que hacer.

–¿Nada que hacer? ¿Tú te oyes cuando hablas? ¿Cómo que no tienes nada que hacer? Tu tutora ya me dijo que...

En aquellos momentos sonó mi móvil.

–Tengo que cogerlo –exclamé mirando la pantalla–. Es Ainhoa.

–No me gusta que hables por teléfono durante la cena.

No me gusta, no me gusta, no me gusta. Esa era la cantinela diaria de mi madre. No me gusta que hagas esto y tampoco aquello. Yo no era un alumno ejemplar, pero iba aprobando con más pena que gloria. Al menos, no suspendía como la mayoría de mis amigos, que andaban siempre bordeando el precipicio del fracaso escolar. Bueno, para ser sinceros, a veces suspendía alguna asignatura, lo reconozco, pero siempre conseguía sacarla adelante en las recuperaciones.

–Seguro que es algo importante –dije mientras pulsaba la tecla verde.

Me levanté y me marché a un rincón del comedor para evitar el ruido de la tele y la presencia intimidatoria de mi madre mirándome de reojo mientras yo conversaba.

–¿Ainhoa?

–Flavio, ¿tú sabes si el tema seis entra para el examen de Sociales de mañana?

Me quedé de piedra.

–¿Mañana tenemos examen de Sociales?

–Pues claro, tío. ¿Es que no te has enterado?

–No.

–Ya te vale. No sé para qué te pregunto. Vives en una nube.

–¿Qué temas van?

–El cuatro y el cinco seguro.

–Bueno, pues voy a echar un vistazo. La verdad es que no me acordaba...

–¿No tienes agenda?

–Sí, pero no la miro...

–Eres el colmo.

Ainhoa cortó y yo me quedé con el móvil en la mano. ¡Vaya tela! ¡Tenía un examen al día siguiente y me acababa de enterar a las diez de la noche! Volví a la mesa, me zampé el postre casi sin masticar y me puse de pie otra vez con cara de condenado a muerte.

–Tengo que ir a repasar un poco antes de dormir.

–¿No decías que no tenías hoy nada que estudiar?

–Sí, pero es que acabo de acordarme de una cosa...

Mi madre me miró con el morro torcido.

–Vale, pero mañana te toca a ti retirar los platos, ¿eh?

–Te lo prometo.

Me metí en mi cuarto, me senté a la mesa y abrí de inmediato el libro de Sociales. Los temas cuatro y cinco no eran demasiado largos. Además, más o menos los tenía controlados. Especie humana. Concepto de sociedad. Lenguas, religiones, civilizaciones...

Lo miré por encima. Por suerte aquella era una de mis asignaturas favoritas. La profesora, Carmen, me caía genial. Era joven, guapa y simpática, y explicaba muy bien. Solo con escucharla tenía bastante para sacar, cuando menos, un cinco.

Antes de una hora ya estaba cansado del islam, del hinduismo y del judaísmo. Me puse el pijama y me metí en la cama con el móvil, para tontear con TikTok mientras me entraba sueño. Al rato, mi madre llamó a la puerta.

–¿Sí?

Mamá abrió y se quedó en el quicio.

–Buenas noches, cariño. ¿Por qué no lees un poco en vez de perder el tiempo con el móvil?

–Mamá, he estado repasando para el examen de Sociales hasta hace cinco minutos. Necesito desconectar un poco.

–Pero repasar Sociales no es leer. Es como comparar las albóndigas con las zanahorias.

–Mamá, ya tengo quince años. Podrías dejar de decirme lo que tengo y lo que no tengo que hacer. ¿No te parece?

–Está bien. Mañana nos vemos.

Mi madre me sonrió antes de cerrar la puerta.

Dejé el móvil sobre la mesita y me quedé pensando unos momentos sobre mi vida. Mi padre había muerto en un acci-

dente cuando yo tenía tres años. Solo conservaba de él algunos recuerdos borrosos, que el paso del tiempo se encargaba de ir difuminando.

Esa era la realidad de mis quince años. No tenía más familia que mi madre, una mujer que se pasaba el día trabajando, fuera de casa, y que siempre estaba recordándome mis obligaciones. Poco me consolaba contar con unos cuantos amigos tan desorientados como yo. Lo demás era una permanente sensación de desahucio íntimo. No tenía ni idea de lo que quería hacer con mi vida. Los estudios no me atraían en absoluto y el mundo de los adultos me provocaba un hondo desasosiego.

Apagué la luz y me acurruqué bajo la manta con los ojos cerrados. Los pensamientos fluían como burbujas al viento. Las imágenes de la película que había visto en la Fílmoteca se superponían con las del instituto. John Wayne estaba en clase. La profesora Carmen le pedía que saliera a la pizarra para que explicara la civilización mesopotámica, pero de pronto se puso a llover y John Wayne echó a correr por una calle llena de charcos, como un espectro escapado de un caserón fantasmagórico.

Yo salí tras él con una linterna y enseguida perdí su rastro. Me vi caminando de noche por un callejón estrecho de una ciudad vacía. Mis pasos me llevaron hasta un edificio que parecía haber sido abandonado mucho tiempo atrás. Comencé a recorrer sus pasillos, sus escaleras y sus habitaciones. Ni rastro de John Wayne, ni de mi amigo Roberto, ni de la profesora. En aquel laberinto no había más que sombras que ululaban como aves nocturnas.

Caminé y caminé, sin saber lo que buscaba, dejándome llevar por el azar. La luz de mi linterna alumbraba unos pasos por delante de mí, y apenas podía perforar la oscuridad que me cercaba.

De repente, escuché ruido de cascos de caballos. El galope se oía cada vez más cerca, furioso y violento. Un formidable

relincho sonó a mis espaldas. Me volví, asustado, y apenas tuve tiempo de ver la figura de un terrible caballo de cobre abalanzándose sobre mí.

Me desperté agitado, en mi cama.

El reloj marcaba las tres y veinticinco de la madrugada.

Pasé la mañana como un zombi, dando tumbos sin ton ni son por el instituto. El examen de Sociales que hicimos a primera hora lo dejé prácticamente en blanco porque no me acordaba de nada. La cabeza me zumbaba como un avispero.

En el recreo me pasé por el servicio y me lavé la cara. Me miré al espejo y sentí lástima de mí mismo. Las ojeras me llegaban hasta el ombligo.

Salí al patio y me senté en el banco más alejado de la cancha, bajo la umbría que creaba una morera. Debí de quedarme con los ojos cerrados un buen rato, hasta que oí una voz cantarina.

–¿Puedo sentarme?

Abrí los ojos y vi a Ainhoa frente a mí, mirándome divertida.

–Supongo que sí.

–¿Qué te pasa? –preguntó mientras tomaba asiento a mi lado–. Llevo observándote toda la mañana y parece que estás en la luna.

–Nada fuera de lo normal –respondí con una sonrisa escéptica–. Lo de siempre. Pocas ganas de estudiar, una madre que no me deja ni a sol ni a sombra, las típicas dudas existenciales... Me importa todo un pimiento, como si el mundo explota mañana mismo y nos vamos todos a la mierda.

Ainhoa sonrió.

–Vaya. Tú has nacido para filósofo.

–Puede ser, sí.

–¿Qué tal el examen?

–Mejor no te lo digo.

Ainhoa cruzó las piernas y se apoyó en el respaldo del banco.

–Quería pedirte un consejo –me dijo de pronto.

–Soy todo oídos.

–Se trata de Roberto.

–¿Roberto? ¿Qué le pasa?

Mi amigo estaba jugando al baloncesto en la cancha con otros de la clase.

–Me ha pedido que salga con él.

Pensé que Ainhoa me estaba vacilando.

–¿Y yo qué tengo que ver?

–Eres su mejor amigo.

–Bueno, ¿y qué?

–Ya te he dicho que me gustaría saber tu opinión.

–¿Mi opinión?

–Es que estoy enamorada de otro.

Ainhoa era una chica con un físico normal. Ni guapa ni fea, ni alta ni baja. Tenía una melena morena y unos ojos grandes color avellana. Nos conocíamos desde cuarto de primaria y siempre nos habíamos tratado como hermanos.

–¿Y qué le pasa a ese otro?

–Pues que va a su bola y no me hace mucho caso.

En aquellos momentos, Roberto acababa de encestar un balón y los demás lo abrazaban como a un héroe. Mi amigo era tan alto que los sobrepasaba a todos.

–No sé, Ainhoa. Yo de esas cosas no entiendo...

Tocó el timbre que anunciaba el fin del recreo. Nos levantamos y comenzamos a caminar hacia el pasillo donde estaban nuestras aulas. Los compañeros se arremolinaban junto a nosotros.

–Si quieres, esta tarde podemos dar una vuelta –me dijo antes de cruzar la puerta de la clase.

–Lo intento, pero no sé si podré...

Capítulo 3

La dama de Shanghái

Después de comer, me tumbé un rato sobre la cama con el libro de lectura de Inglés: *Frankenstein*, de Mary Shelley, en versión adaptada para jóvenes.

Confieso que no pasé de la primera página. Me quedé dormido sin haberme enterado de nada. Cuando me desperté, eran las cuatro y media y en la casa reinaba un silencio absoluto.

Me levanté de un salto y salí al comedor. Sobre la mesa había una nota de mi madre.

Ve al supermercado y compra lo que hay en esta lista. Nos vemos para la cena.

Leí la lista. Lo de siempre: jamón, huevos, una lechuga, hamburguesas, etc. Bostecé. Repasé mentalmente las tareas escolares. Tenía un montón de trabajo y ningunas ganas de ponerme a ello. Miré el móvil. Ainhoa me había mandado un wasap esa tarde, a las cuatro y cuarto, y me recordaba que podíamos salir a dar una vuelta por la ciudad. Le contesté que mejor lo dejábamos para otro día.

Me puse con Matemáticas. A los cinco minutos sonó el móvil. Roberto me invitaba a ver una película de Orson Welles en su casa, con palomitas incluidas. Cerré el libro de Matemáticas, me puse el chaquetón y salí a la calle, dispuesto a perder la tarde.

Roberto vivía dos calles más allá, en un bloque enorme que daba a un descampado donde se juntaban inmigrantes a jugar al fútbol. Sus padres se pasaban el día entero en la tienda de electrodomésticos y sus dos hermanas, mayores que él, nunca estaban en casa.

No tenía ganas de ver películas antiguas, pero menos de hacer tareas escolares. Roberto me estaba esperando con las palomitas y los refrescos.

–Vas a flipar. La he visto ya tres veces.

–¿Cómo se titula?

–*La dama de Shanghái*.

–¿Es en blanco y negro?

–Claro.

–Tío. Lo tuyo es grave. Deberías ir al psiquiatra.

–No seas papanatas.

–¿Eso qué es?

–Búscalo en el diccionario.

–A mí no me va el cine en blanco y negro, ya lo sabes.

Si voy por la Filmoteca es porque la entrada vale un euro con cincuenta céntimos, aunque a veces me quedo dormido.

–El cine clásico es una fuente de conocimiento.

Eché un trago de Coca-Cola y me llevé un puñado de palomitas a la boca.

–Roberto, ¿por qué no jugamos una partida a la Play, como hace la gente de nuestra edad? A veces tengo la impresión de que somos un par de viejos.

–Bobadas. Nuestros compañeros de clase tienen menos cerebro que un boquerón en vinagre.

Roberto extendió sus largas piernas y se arrellanó en el sofá. Lo miré de reojo. Tenía la cara angulosa, la nariz algo más abultada de lo normal, los labios carnosos y dos grandes cejas negras sobre los ojos hundidos en las cuencas. A pesar de aquel rostro accidentado, no resultaba feo. En realidad, tenía una fisonomía extrañamente atractiva.

–La actriz se llama Rita Hayworth. Está buenísima, tío.

–No me digas que estás enamorado de una actriz muerta.

Roberto hizo una mueca de fastidio.

–A mí me va Ainhoa Cortés. Le he tirado los tejos varias veces, pero no me hace ni caso. Es más dura que una piedra.

Volví a beber un trago antes de responder.

–Bueno. A las chicas les gusta que les insistamos.

–Hablas como un experto.

–Me lo ha explicado Ramón, el conserje del instituto. Ese tío es una enciclopedia.

–¿Sabes lo que te digo? Que les den... ¡Vamos a ver la peli!

Roberto le dio al botón del *play* y al momento comenzó la película. He de reconocer que estuvo mejor de lo que me esperaba. No fue un espectáculo para echar cohetes, pero al menos nos tuvo entretenidos toda la tarde. Cuando salí a la calle eran las siete y media pasadas y estaba lloviendo otra vez. Me maldije interiormente por no acordarme nunca de coger el paraguas.

Eché a correr por la acera y no paré hasta que llegué al supermercado. Cuando entré en casa, faltaban unos minutos para las nueve. Coloqué las cosas del súper en la nevera y en la despensa.

Poco después llegó mamá. Cenamos, vimos un rato la tele y me retiré temprano con la excusa de que tenía que terminar los ejercicios de Inglés y de Matemáticas.

Me senté ante mi escritorio y me zambullí en los ejercicios.

Cuando miré el reloj eran casi las doce de la noche. Había estado un par de horas enfrascado con los trabajos escolares y el sueño empezaba a vencerme. Guardé las cosas en la mochila, me puse el pijama y abrí las sábanas para meterme en la cama.

Fue entonces cuando mis ojos repararon en la caja negra. Descansaba en la estantería de los libros.

La cogí. Me quedé observándola. Volví a notar una extraña sensación. Aquella caja parecía tener vida. Hubiera jurado que sus ángulos se movían lentamente, oscilando, como desplazándose con suavidad a derecha e izquierda, y que la madera de la que estaba hecha temblaba o se agitaba.

De pronto, escuché unos relinchos y unos cascos cabalgando. Miré a todas partes, extrañado. Estaba solo en mi cuarto. ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Volví los ojos a la caja que contenía el carrusel.

No tenía duda.

Los sonidos procedían de su interior.

Contemplé de nuevo la caja con la respiración contenida. Desde el primer momento en que lo vi, el carrusel parecía haber estado esperándome sobre la mesa de aquella librería que tenía un nombre tan estrambótico: La Mágica Oropéndola.

—¿Qué estoy pensando? —me dije en voz baja—. ¿Es que me he vuelto idiota?

Mi madre debía de estar ya acostada, pues hacía rato que no escuchaba ruidos en la casa. Me alumbraba solamente con la luz del flexo que descansaba sobre mi escritorio.

Mi habitación, en penumbra, tenía de repente un aire hostil.

Abrí la caja con dedos temblorosos. Saqué el carrusel y lo puse sobre la mesa. Observé detenidamente los cinco caballos. Quietos, silenciosos, prestos para emprender el galope. La carpa azul y blanca. La base con cenefas de los mismos colores. Ninguna clavija o manivela para darle cuerda.

¿Qué sentido tenía un carrusel que no se podía poner en movimiento?

Miré el reloj.

Las doce y media.

Puse el carrusel bocabajo.

Nada que llamara mi atención.

Giré la base, como si fuera una rosca, y comprobé que la pieza se movía. Conseguí sacarla por completo. Por la parte de dentro tenía escrito un nombre. Jaroslav Stovik.

A pesar de lo intrigado que estaba, tenía demasiado sueño y decidí meterme en la cama.

Apagué la luz y traté de dormirme, pero las imágenes del carrusel me perseguían. Jamás había visto unos caballos de cobre como aquellos.

Al día siguiente, después de la comida, mamá y yo nos sentamos un ratito en el sofá.

–Mamá, a veces tengo la sensación de que tú y yo somos un par de bichos raros.

–¿Por qué dices eso?

–Todo el mundo tiene familia. No sé..., abuelos, primos, tíos, hermanos... Nosotros no tenemos a nadie. ¿Por qué nunca me hablas de ello?

–Te lo he contado muchas veces. Yo era hija única, como tú, y mis padres tampoco tenían hermanos. Ambos murieron siendo tú un niño.

–Ya. Y papá tampoco tenía hermanos, ni primos...

–Tu padre era huérfano cuando lo conocí, y sus padres eran oriundos de Argentina. Nunca tuvimos contacto con nadie de allí.

–Parecemos dos naufragos.

Mamá sonrió.

–No pasa nada. Tenemos muchos amigos. Y, sobre todo, nos tenemos el uno al otro.

–Pero es que nunca me has enseñado fotografías de ningún familiar, excepto las de papá, y no demasiadas. Supongo que tendrás algún álbum o un archivo en algún cajón. Podrías enseñármelas.

–Bueno, no es tan importante. Además, no sé ni dónde las tendré...

Mamá comenzó a pasar de canal en la tele con el mando.

Aquello significaba que no quería seguir hablando del tema. Era su estilo.

Me levanté y me puse el chaquetón.

–¿A dónde vas?

–He quedado con los amigos.

–Vale. Nos veremos a la noche.

Salí a la calle. Hacía un día plácido. Ni rastro de las nubes, el viento y las lluvias de los días anteriores. Roberto, Emilio, Bruno y el resto de la pandilla me esperaban en las canchas de baloncesto. Emilio y Bruno parecían dos perros callejeros. A ninguno le gustaba estudiar y andaban siempre dando tumbos de un lado a otro. Eran buenos chicos, un poco alocados, pero se podía confiar en ellos.

Iba absorto, pensando en mis cosas, cuando pasé por el callejón donde estaba La Mágica Oropéndola. Alcé la mirada y contemplé la fachada, sorprendido.

La tienda no parecía la misma. Me dio la impresión de que era más moderna, uno de esos locales en los que venden de todo un poco: artículos de regalo, perfumes, bolsos y cosas de capricho. Además, tenía otro rótulo: Bazar Ruipérez.

¿Me habría equivocado de calle?

Miré a derecha e izquierda, extrañado. Aquel era el mismo callejón donde yo había comprado el carrusel. No albergaba ninguna duda.

Entré con la intención de hablar con el hombre del pelo blanco. Era el único que podría darme alguna explicación sobre las extrañas cosas que sucedían en torno al pequeño tióvivo.

Me tropecé con un hombre de unos cuarenta años. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, reluciente de brillantina, bigote un tanto exagerado, más bien obeso, vestido con un traje chaqueta gris oscuro. Me obsequió con una sonrisa de cortesía.

–Buenas tardes.

Yo estaba confuso, mirando a todas partes. Aquella tienda no tenía nada que ver con La Mágica Oropéndola.

–¿Puedo ayudarte en algo?

–Estuve aquí hace unos días y compré un pequeño carrusel blanco y azul, con cinco caballitos de cobre...

El hombre frunció el ceño, como si no supiera de qué le estaba hablando.

–Me atendió un hombre mayor, como de ochenta años o más... Iba vestido con un batín blanco y cojeaba de la pierna derecha... Tenía las cejas y el pelo blancos... y usaba gafas de montura metálica... Ah, y recuerdo que escribía con la mano izquierda...

El vendedor puso cara de extrañeza.

–Eso que estás contándome es imposible. En esta tienda solo estoy yo. La persona que acabas de describir era el antiguo propietario, pero hace ya unos quince años que cogí el traspaso del negocio. De hecho, es posible que tú ni siquiera hubieras nacido.

Me quedé desconcertado.

–¡No puede ser!

El hombre forzó una sonrisa.

–Debes de haberte confundido.

–La tienda... –balbuceé–, la tienda tampoco es como yo la recuerdo...

No había rastro de aquellos expositores en los que se exhibían juguetes, máscaras, trenes de latón, relojes y objetos decorativos. Por no haber, no había ni libros.

–No entiendo nada –exclamé perplejo.

El vendedor me contemplaba entre desconfiado y temeroso. Tal vez pensaba que yo era uno de esos jóvenes que fuman porros o toman sustancias químicas y luego andan por ahí viendo visiones y diciendo tonterías.

–¿Desde cuándo trabaja usted aquí?

–Acabo de decírtelo. Me quedé con este negocio hará unos quince años... Por cierto, es bastante ruinoso. Hay días en que no entra nadie.

–La tienda que yo recuerdo se llamaba La Mágica Oro-péndola.

Aquel hombre sonrió condescendiente.

–Ese era el nombre que tenía la tienda antigua, sí. Pero yo le cambié el rótulo.

–Y por lo que veo también cambió otras cosas.

–A nadie le interesan los libros. Menos aún los antiguos. Creí que un bazar moderno sería más rentable, pero estoy pensando en traspasar el negocio...

Me quedé dándole vueltas. No sabía por dónde seguir husmeando. Me encontraba en un callejón sin salida.

–¿Sabe si podría localizar al antiguo dueño?

–Ni idea. A lo mejor está muerto. Era mayor.

–¿Sabe al menos cómo se llamaba?

–Isaac Vidnava.

En aquellos momentos entraron un hombre y una mujer.

–Muchas gracias por todo –me despedí con una sonrisa–. Quizás vuelva otro día.

–Muy bien.

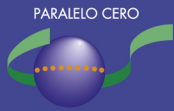
El hombre se dirigió a los recién llegados y se olvidó de mí. Salí a la calle con una sensación de irrealidad. Volví la mi-

rada y de nuevo contemplé la fachada, el escaparate, el aspecto de aquella tienda, que nada tenía que ver con la que yo había conocido días atrás.

¿Qué diablos estaba sucediéndome?

Me marché cabizbajo, pensando en todo aquello, tratando de encontrar una explicación razonable. Confuso, aturdido, asustado.

Sin saber cómo resolver aquel enigma.



Juan Ramón Barat (Valencia, 1959) cultiva todos los géneros literarios. Entre sus novelas juveniles sobresalen las que forman la serie de Daniel Villena: *Deja en paz a los muertos*, *La sepultura 142*, *Llueve sobre mi lápida*, *La noche de las gárgolas* y *La cripta negra*.

Huyendo de la lluvia, Flavio se refugia en una tienda de antigüedades. De entre todos los objetos del bazar, compra un pequeño carrusel con cinco caballitos de cobre que, curiosamente, carece de mecanismo para hacerlo funcionar. A partir de ese día, empiezan a ocurrir cosas extraordinarias: el carrusel se mueve solo, Flavio se despierta por las noches siempre a la misma hora y sufre extrañas visiones. Pero cuando el joven regresa al bazar del anticuario, se encuentra con una sorpresa: la tienda no existe.

